**Lingüística estructuralista**

El estructuralismo lingüístico se sitúa a comienzos del siglo XX y supone ya el arranque de la lingüística moderna. Su iniciador fue Ferdinand de Saussure (1857-1913) con su *Curso de lingüística general* (1916), que fue una obra publicada póstumamente por dos de sus discípulos, quienes sistematizaron apuntes de clase de estudiantes que habían escuchado a Saussure durante sus tres últimos años en la Universidad de Ginebra.

El estructuralismo surge como una reacción frente a las investigaciones lingüísticas comparativistas de la gramática comparada, frente a las investigaciones diacrónicas de la gramática histórica y frente a las investigaciones positivistas de los neogramáticos. Igualmente no debemos perder de vista que si bien reacciona a ellos, éstos son la base epistemológica en la que se funda el estudio de Saussure. Este nuevo movimiento propuso, en cambio, una nueva concepción de los hechos del lenguaje, considerándolos como *un sistema en el cual los diversos elementos que lo integran ofrecen entre sí una relación de solidaridad y dependencia tal que forman una estructura*. Si bien la noción de lengua como “sistema” era admitida antes de la aparición de Saussure, una de las tesis fundamentales del que sostuvo en función del sistema de la lengua, fue la idea de que la lengua es “forma” y no “sustancia”, y que las unidades de la lengua solo pueden definirse mediante sus relaciones. El estructuralismo fundado por Saussure continuó desarrollándose en Europa por lingüistas posteriores, surgiendo más tarde diversas escuelas estructuralistas, como la Escuela de Ginebra, el Círculo Lingüístico de Praga y la Escuela de Copenhague. Podemos sintetizar algunos aspectos conceptuales de la siguiente manera:

* Se aborda el estudio sincrónico de las lenguas, marginando la lingüística histórica.
* El enfoque es eminentemente descriptivo, basado en el análisis de estructuras, sus elementos y relaciones.
* El método es básicamente inductivo, por cuanto las teorías se construyen sobre la base del análisis del corpus representativo del habla.
* No se toman en cuentan factores externos ni criterios extralingüísticos (lógicos, filosóficos, etc.)
* El análisis estructural implica la distinción de niveles y la delimitación de unidades jerárquicas.
* Se usó una variada terminología, acorde con cada escuela o corriente (ejemplos: cenema, plerema, morfema, lexema, sintagma, etcétera)

Nociones centrales

Es interesante destacar que la primera traducción del Curso de Lingüística General al español fue realizada por Amado Alonso en 1945, durante su época de exilio en Buenos Aires (Ed. Losada). El prólogo de Amado Alonso es una referencia iluminadora para la lectura del Curso, al que califica como “el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo”. **Saussure, en efecto, tiene como finalidad superior de sus reflexiones poder conferir dimensión de “ciencia” a la lingüística;** para ello, es preciso dar con un **objeto de estudio homogéneo, no complejo, susceptible de ser analizado mediante métodos rigurosos.**

Para Saussure **el campo de la lingüística está compuesto por todas las manifestaciones del lenguaje humano, todas las formas expresivas, sin discriminar entre “buenos” y “malos usos” y sin considerar el grado de civilización de sus hablantes**. **La tarea de la lingüística es por tanto realizar la descripción e historia de todas las lenguas, encontrar los principios generales de sus funcionamientos y, fundamentalmente, deslindarse y definirse ella misma.**

**Deslindar y definir el objeto de la lingüística: lengua y habla**

Saussure distingue en primer lugar una facultad lingüística general, que nos da la naturaleza como especie y que nos permite “el ejercicio del lenguaje”. Pero, ¿cuál es el objeto de la lingüística? **El lenguaje es “multiforme y heteróclito”, susceptible de ser analizado desde muy distintas perspectivas (física, fisiológica, psíquica, individual, social), tiene carácter estático pero dinámico, actual y simultáneamente pasado**. Para construir un objeto de estudio que confiera a la lingüística el carácter de ciencia, Saussure acuña la dicotomía lengua y habla. Lengua y habla son dos aspectos –esencialmente distintos- del lenguaje. **Influido fuertemente por el pensamiento del sociólogo y antropólogo E. Durkheim (1858-1917), define la lengua como un “hecho social”, un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones, adoptadas por la comunidad, para permitir el ejercicio de la facultad lingüística entre los individuos.**

Para avanzar en la delimitación, Saussure parte de un esquema elemental del acto individual de comunicación: el punto de partida es el cerebro del hablante, en el que se produce el encuentro entre el concepto (los conceptos son definidos como hechos de conciencia) y la imagen acústica (las representaciones de los signos lingüísticos que sirven para su expresión). Saussure delimita en el acto de comunicación los aspectos físicos (ondas sonoras), los fisiológicos (fonación y audición) y los psíquicos (la unión de conceptos e imágenes verbales). Añade a las fases del circuito comunicativo una “facultad de asociación y coordinación” que desempeña el papel principal en la organización de la lengua como sistema y que se pone en juego cada vez que no se trate de signos aislados.

El lugar de la lengua se ubica en el cerebro de los hablantes, en la suma de imágenes verbales y sus correspondientes conceptos almacenada en todos los individuos. La lengua es un tesoro depositado por la práctica del habla en todos los sujetos que pertenecen a la misma comunidad; se trata de un sistema virtualmente existente en el conjunto de los individuos. En efecto, la lengua es esencialmente social, nunca está completa en el cerebro individual y es “exterior” al individuo. Por otra parte, es un producto que se registra pasivamente; el individuo no puede por sí mismo crearla ni modificarla: es homologable a una especie de contrato establecido en la comunidad y para conocer su funcionamiento es preciso realizar una tarea de aprendizaje. Es, por eso, un hecho histórico. Por el contrario el habla tiene un carácter esencialmente individual: se trata de un acto de voluntad e inteligencia de los hablantes; tiene un carácter “más o menos accidental”, incluye los aspectos físicos y fisiológicos, y contrariamente a la lengua es algo “accesorio” (un individuo privado del habla por determinada patología puede seguir poseyendo su lengua). La lengua, si bien es un objeto psíquico, tiene naturaleza concreta, dado que los signos tienen un lugar real en el cerebro y son representables mediante imágenes convencionales. Un diccionario y una gramática pueden ser una representación fiel de una lengua. La lengua, sostiene Saussure, es forma y no sustancia, es el terreno de las articulaciones entre el plano de los conceptos y de la sustancia fónica.

De esta manera, Saussure consigue construir un objeto de estudio homogéneo, distinto del habla, que puede estudiarse separadamente: un sistema de signos en el que es esencial la unión del sentido y la imagen acústica. Puede concluirse entonces que la teoría saussureana otorga al léxico (en tanto conjunto de signos) un carácter esencial en el sistema de la lengua.

Saussure considera que la lingüística es una parte de la semiología, “la ciencia que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social”, y define como tarea del lingüista determinar por qué la lengua es un sistema especial de signos dentro del conjunto de hechos semiológicos. De esta manera la lingüística es una subdisiciplina dentro de la psicología social y, en última instancia, de la psicología.

El signo lingüístico



El signo lingüístico consiste en una asociación entre el **concepto** y la **imagen acústica**, se trata de una delimitación convencional en una masa amorfa de contenido de cierta significación, mediante una forma lingüística: sólo pueden distinguirse conceptos en virtud de su estar ligados a un significante particular. La lengua oficia así de intermediaria entre el pensamiento y el sonido. El signo lingüístico es una entidad psicológica de dos caras, que Saussure denomina significado y significante (para el concepto y la imagen acústica, respectivamente) de manera de trasmitir la unidad indisoluble que conforma el signo como totalidad.

Significado y significante están en una relación de interdependencia; el vínculo entre ellos es arbitrario, es decir, inmotivado: no hay razón para que a determinado significado le corresponda determinado significante y viceversa, hecho que prueba la existencia misma de distintas lenguas naturales (para un mismo significado, en español: mesa de luz; francés: nuittable; inglés: nighttable; alemán: Nachttisch; nótese además que el español conceptualiza de manera distinta de las demás lenguas esa significación). Por otra parte, el signo lingüístico es lineal debido al carácter auditivo del significante: tiene lugar necesariamente en la dimensión tiempo y asume sus características (representa una extensión mensurable).

Los elementos del significante se disponen secuencialmente y forman una cadena, lo cual es evidente en la escritura. El signo lingüístico es inmutable en relación con el individuo y la masa hablante que lo emplea: la lengua es siempre herencia de una época precedente, es “la carta forzada” y por tanto no puede cambiarse por la libre voluntad. Sin embargo, en relación con la dimensión tiempo, el signo lingüístico es mutable, puesto que es susceptible de alteración tanto en el plano del significante como del significado (cfr. latín clásico: necare, ‘matar’; español: anegar; francés: noyer, ‘ahogar’ ).

**Sistema y valor**

La lengua es un sistema de valores puros, que son establecidos por el hecho social: los valores de los signos lingüísticos se basan en el uso y el consenso de la comunidad. **Un elemento del sistema no tiene valor sino en su relación con la totalidad del sistema**; la lengua es un sistema en el que todos sus elementos son solidarios y en el que el valor de cada uno resulta de la presencia simultánea de los otros. La noción de valor se verifica tanto en el plano del significado como en el plano del significante.

Dentro de una misma lengua, las palabras con un significado general común se delimitan recíprocamente (valiente, audaz, temerario); las palabras de distintas lenguas no siempre tienen una correspondencia uno a uno (el inglés emplea fish indistintamente para pescado y pez, que en español se oponen por el rasgo +/- viviente; sus valores respectivos emanan de las diferencias que constituyen el sistema total del inglés y el español respectivamente). En cuanto al plano del significante, son sólo las diferencias opositivas las que configuran los valores de los elementos: hay cierto margen de flexibilidad para la realización de determinados fonemas (en la Argentina encontramos distintas pronunciaciones según las variantes regionales y sociolectales para la palabra lluvia ([lubja]; [šubja], [žubja], que portan el mismo valor distintivo; sin embargo, tal flexibilidad no podría trasladarse al sistema fonológico del francés). **Saussure concluye que en la lengua no hay más que diferencias conceptuales y fónicas que resultan del sistema y que ponen en relación de valor a todos sus elementos**.

**Relaciones sintagmáticas y asociativas**

Las relaciones entre los elementos del sistema se realizan en dos órdenes diferentes que corresponden a las dos formas de nuestra actividad mental: el orden sintagmático y el orden asociativo o paradigmático. Las relaciones sintagmáticas reflejan la linealidad del signo lingüístico, que condiciona la secuencialidad de todas las expresiones: los elementos se alinean uno detrás del otro en la cadena del habla (fonos, palabras, oraciones); la totalidad resultante es llamada sintagma y se compone de dos o más unidades consecutivas (por ejemplo, ante-poner, Con razón, Aunque llueva, saldré). Se trata de relaciones “en presencia” (puesto que dos o más elementos se hallan igualmente presentes en la serie), ordenadas y que tienen un carácter finito. Las relaciones paradigmáticas se dan en el cerebro del hablante (son relaciones “en ausencia”), que asocia elementos del sistema que tienen algo en común (por ejemplo, altura/frescura/calentura; cariño/afecto/amor; perdón/calefón/atención), es decir, la asociación puede basarse en la presencia de elementos comunes –un sufijo–, en la analogía de significados o en la simple similitud fónica. Los elementos evocados forman una familia asociativa que no tiene un orden dado ni, por lo general, un número definido.

**Sincronía y diacronía**

Sobre la base de la dimensión del tiempo, Saussure plantea la necesidad de distinguir la perspectiva sincrónica y la perspectiva diacrónica en el estudio lingüístico, necesidad común a todas las ciencias que operan con valores. Así plantea, en primer lugar, una lingüística sincrónica que se ocupa del aspecto estático de la lengua (“el eje de las simultaneidades”), que se instancia como un sistema de puros valores fuera de toda consideración histórica y, en segundo lugar, una lingüística diacrónica (“el eje de las sucesiones”), que estudia la evolución de una lengua. Para Saussure, la oposición entre ambos puntos de vista es absoluta: la lengua es comparada en este sentido con un juego de ajedrez: el valor respectivo de las piezas depende de su posición en el tablero, por lo tanto, el sistema siempre es algo momentáneo, que varía de posición a posición (= el sistema en equilibrio). Los cambios evolutivos (=alteraciones del sistema) no afectan más que a elementos aislados –como el movimiento de una pieza-; esos cambios pueden tener repercusión alta o nula en el sistema total. Ambas perspectivas son igualmente legítimas y necesarias; sin embargo considera que la lingüística ha dedicado una atención excesiva a la diacronía y que debe volverse hacia el estudio de la sincronía, considerada como descripción de estados de lengua. De hecho, todos los estudios rotulados como “descriptivismo” que ocupan la primera mitad del siglo XX provienen más o menos directamente de Saussure.

* Niveles del análisis lingüístico

La noción de nivel lingüístico es fundamental para establecer el procedimiento de análisis a seguir. Las unidades del sistema, una vez establecido el nivel de pertenencia, se define por el conjunto de relaciones que sostienen con otras unidades y por las oposiciones en las que participa. La lengua es un sistema relativo y opositivo. Llevar a cabo una descripción de los diferentes niveles de análisis ordenandamente ha sido tarea del estructuralismo. Ese orden ha llevado a proceder rigurosamente de las unidades menores a las mayores que engloban o justifican a las anteriores. Se parte del enunciado concreto, de una realidad puramente física para describirla desde una perspectiva fisiológica, acústica o auditiva. La disciplina que se ocupa de esta tarea es la fonética que tiene una relación débil con la gramática. El estudio fonético es un estudio descriptivo, con un bajísimo nivel de abstracción y no tiene como objeto dar cuenta de ningún sistema. La fonética es para la lingüística simplemente un medio que nunca por sí mismo le permitirá alcanzar sus fines.

Organización del sistema de la lengua

Niveles (en sentido estricto)

fonológico

morfológico

sintáctico

semántico

pragmático

**Nivel fonológico:** es el primer nivel de análisis y trabaja con las formas del sonido: las unidades del nivel fonológico son los fonemas. No poseen valor significativo pero sí distintivo. Se integran a las unidades del nivel superior.

**Nivel morfológico:** este nivel se ocupa de describir las formas que constituyen las palabras. La unidad del nivel es el morfema y este se constituye como la unidad significativa mínima del sistema lingüístico.

**Nivel sintáctico:** la unidad de este nivel es la oración y está constituida por aquellas unidades significativas del nivel anterior. Lo relevante aquí es la relación entre las formas.

**Nivel semántico:** este nivel brinda información acerca del contenido de la oración. La unidad de este nivel es la proposición y lo relevante aquí es el significado que adquiere la relación.

**Nivel pragmático:** este nivel se ocupa de todo aquello que acompaña la realización de un enunciado. La unidad del nivel es el enunciado y lo relevante aquí es la significación que cobra una construcción lingüística en una situación comunicativa particular.

* Pragmática

RAZÓN Y PALABRA

Primera Revista Electrónica en América Latina Especializada en Comunicación

Libros Básicos en la Historia del Campo Iberoamericano de Estudios en Comunicación

NÚMERO 75 FEBRERO - ABRIL 2011

***CÓMO HACER COSAS CON PALABRAS 50 AÑOS DESPUÉS*** (frag.)

Silvia Gutiérrez Vidrio

How to Do Things with Words (Cómo hacer cosas con palabras) es la obra de John L.

Austin2 más conocida, publicada póstumamente en 1962.3 En este trabajo, están recogidas las conferencias que Austin pronunció en 1955 en la Universidad de Harvard, en el marco de la serie William James Lectures. La publicación de ese libro constituye la culminación de su teoría de los actos de habla,4 en la que estaba trabajando desde hacía varias décadas.

Si bien existen varios textos y antologías en los que se expone la teoría de Austin y se señalan algunas de sus aplicaciones (cf. Lyons, 1977; Lozano, Peña-Marín y Abril, 1989;

Calsamiglia y Tusón, 1999; van Dijk 1985; Schiffrin, Tannen y Hamilton, 2001) en éste

artículo y siguiendo el espíritu de este número de la Revista, hemos optado por hacer una

exposición más detallada del libro en sí mismo, y presentar el desarrollo de la ideas centrales. Sin embargo, cabe señalar que en dicha labor nos hemos enfrentado al hecho de que, al ser esta obra la recopilación de una serie de notas, el orden y el estilo de exposición no corresponden a las de un libro con capítulos claramente armados, por lo cual algunas veces los planteamientos son fragmentarios, en otros reiterativos y a veces tienen el carácter de hipótesis provisionales; esto en cierta manera, dificulta la exposición de las ideas de manera secuencial y ordenada.

Una vez expuestas las premisas fundamentales de la obra pasamos a tratar brevemente las

implicaciones de dicha teoría para los estudios del lenguaje en general y más específicamente para el campo de la comunicación.

El desarrollo de la teoría de los actos de habla.

El punto de partida de Austin es la crítica a los filósofos que erróneamente supusieron que la única relevancia de un enunciado es describir algún estado de cosas o enunciar algún hecho. Esta suposición conlleva cometer lo que Austin denomina "falacia descriptiva", esto es, insistir en que sólo mantienen interés teórico los enunciados descriptivos. Como él mismo señala: “Durante mucho tiempo los filósofos han supuesto que el papel de un enunciado sólo puede ser “describir” un estado de cosas o “enunciar algún hecho” con verdad o falsedad” (1981: 41).5 Por lo mismo, en la primera conferencia Austin se dedica a explicar por qué hay que evitar la falacia descriptiva: “no todos los enunciados verdaderos o falsos son descripciones; por esta razón prefiero usar la palabra “constatativo” (p. 43).

Este tipo de enunciados sólo describen, o como su nombre dice, constatan algo. Sin embargo, se pueden hallar expresiones que:

A) no “describen” o “ registran” nada , y no son “verdaderas o falsas”; y B) el acto de expresar la oración es realizar una acción, o parte de ella, acción que a su vez sería normalmente descriptiva como consistente en decir algo (p. 45-46).

De ahí que la primera distinción que hizo Austin fue la de los enunciados constativos y los realizativos.6 Los primeros son enunciados que, como su nombre lo indica, meramente constatan, informan, mientras que los realizativos o ejecutivos llevan a cabo una acción, como la de prometer, sugerir, etc.

En el desarrollo de sus planteamientos Austin señala que concibe la expresión realizativa

como aquella expresión lingüística que no consiste, o no consiste meramente, en decir algo, sino en hacer algo, y que no es un informe, verdadero o falso, acerca de algo. Algunos de los ejemplos que proporciona Austin son los siguientes:

E.a) “Bautizo este barco Queen Elizabeth” (expresado al romper la botella de

champaña contra la proa).

E.b) “Lego mi reloj a mi hermano” (como cláusula de un testamento).

E.c) “Te apuesto cien pesos a que mañana va a llover”.

Como señala Austin en estos ejemplos parece claro que: “expresar la oración (por supuesto que en las circunstancias apropiadas7) no es describir ni hacer aquello que se diría que hago al expresarme así, o enunciar que lo estoy haciendo: es hacerlo. Propongo denominarla oración realizativa o expresión realizativa o, para abreviar, “un realizativo”

Austin señala que las expresiones del tipo “Prometo devolverte el libro mañana” poseen la peculiaridad de que al pronunciarlas, en ciertas circunstancias, llevamos a cabo una acción que no debe confundirse con la acción de pronunciarlas. En esos casos hacemos algo más que decir algo, en este ejemplo, el algo más es la acción de prometer. Desde el punto de vista gramatical, tales expresiones se caracterizan, típicamente, por la presencia de un verbo en la primera persona del singular del presente del indicativo, voz activa.8

Al referirse a los ejemplos de expresiones realizativas que ha expuesto, señala que éstas son muy desarrolladas y corresponden al tipo de las que más adelante llama realizativos

explícitos, en oposición con los realizativos implícitos o primarios.

Después de establecer la distinción entre los enunciados constatativos y los realizativos

Austin señala que para la ejecución de un enunciado realizativo además de pronunciar las

palabras correspondientes, al realizativo, es necesario que muchas otras cosas anden bien y salgan bien para poder decir que la acción ha sido ejecutada con éxito. Esas cosas las

describe Austin al ir examinando, y clasificando los tipos de casos en los que “algo sale

mal y, como consecuencia de ello, el acto — asumir un cargo, apostar, legar, bautizar, o lo que sea— es un fracaso o, por lo menos, lo es en cierta medida” (p.55). En tales casos se puede decir entonces que “la expresión lingüística no es en verdad falsa sino en general,

desafortunada. Por tal razón, llamaremos a la doctrina de las cosas que pueden andar mal y salir mal, en oportunidad de tales expresiones, la doctrina de los infortunios”.

Para Austin, los infortunios son las diferentes maneras en que una emisión realizativa puede ser desafortunada, es decir, no cumple su objetivo y esto se da cuando se rompen determinadas reglas.

Para evitar que se den los infortunios Austin enuncia alguna de las cosas que son necesarias para el funcionamiento “afortunado” o sin obstáculo, de un realizativo (o, al menos, de un realizativo explícito. Esto lo lleva a formular una serie de condiciones de producción de un acto realizativo:

A.1) Tiene que haber un procedimiento convencional aceptado que posea cierto efecto

convencional; dicho procedimiento debe incluir la emisión de ciertas palabras por parte de ciertas personas en ciertas circunstancias. Además

A.2) en un caso dado, las personas y circunstancias particulares, deben ser las apropiadas

para recurrir el procedimiento particular que se emplea.

B.1) El procedimiento debe llevarse a cabo por todos los participantes en forma correcta y

B.2) en todos sus pasos.

ᴦ.1) En aquellos casos en que, como sucede a menudo, el procedimiento requiere que quienes lo usan tengan ciertos pensamientos o sentimientos, o está dirigido a que sobrevenga cierta conducta correspondiente de algún participante, entonces quien participa en él y recurre así al procedimiento debe tener en los hechos tales pensamientos o sentimientos, o los participantes deben estar animados por el propósito de conducirse de la manera adecuada, y, además,

ᴦ.2) los participantes tienen que comportarse efectivamente así en su oportunidad.

Al ir postulando lo que ocurre cuando estas reglas se violan, Austin señala que aunque la

expresión realizativa no es nunca verdadera o falsa, puede, sin embargo, ser sometida a crítica, es decir, puede ser desafortunada. Para poder determinar dichos casos proporciona

una lista de seis de esos tipos de Infortunio.

Los tipos de infortunios que reconoce son los siguientes. En los casos de las violaciones

las reglas A y B se dan los desaciertos. En dos casos de A (A.1 y A.2) se da una mala apelación a un procedimiento. Sea porque no hay tal procedimiento o porque el mismo no puede hacerse valer en la forma en que se intentó. En consecuencia, los infortunios de la clase A pueden ser denominados Malas Apelaciones. Entre ellos, el caso del segundo tipo (A.2), esto es, cuando el procedimiento existe pero no puede aplicarse como se intenta hacerlo pueden denominarse Malas Aplicaciones. En oposición a los casos A, ocurre que en los casos B existe el procedimiento y es aplicable a la situación, pero se falla en la ejecución del rito. Por ello, los casos B, por oposición a los casos A, pueden llamarse Malas Ejecuciones; en esos casos el acto que se intentó está afectado, ya sea porque hay un vicio en la realización de la ceremonia o porque ésta no se llevó a cabo en forma completa.

La clase B.1 es la de los Actos Viciados y la clase B. 2 la de los Actos Inconclusos. En el

caso de incumplimiento de las reglas /ᴦ /se da lo que denomina Abusos, es decir, cuando el acto pretendido es hueco; en el caso de la regla ᴦ.1 se darían los Actos insinceros. Cuatro de estos infortunios son tales que convierten a la expresión en un Desacierto, y al acto que se intentó hacer en nulo y sin valor, esto es, en un acto que no tiene efecto; los otros dos, por el contrario, sólo hacen que el acto que se pretendió realizar configure un abuso de procedimiento.

Más adelante Austin centra su atención en una cuestión medular que se refiere a las “circunstancias apropiadas” para la ejecución de un realizativo. Al respecto señala: “vemos que para explicar qué es lo que puede andar mal con los enunciados no podemos limitar nuestra atención a la proposición en juego (sea lo que esto fuere), tal como se ha hecho tradicionalmente. Tenemos que considerar la situación total en que la expresión es emitida —el acto lingüístico total— para poder ver el paralelo que hay entre los enunciados y las expresiones realizativas, y cómo unos y otros pueden andar mal.

Si bien en varias de las conferencias se centra en la delimitación de las características de las expresiones realizativas, posteriormente señala que: “si nos apartamos de estas expresiones realizativas altamente formalizadas y explícitas, tenemos que reconocer que el modo y el tiempo (que hasta ahora, por oposición a la persona y a la voz hemos considerado relevantes), fallan como criterios absolutos.

Una vez que sugiere ciertos criterios gramaticales y de vocabulario o una combinación de

ambos que caracterizan a los realizativos,13 llega a la conclusión de que “tales criterios no permitirán distinguir a los realizativos de los constatativos, puesto que es muy común que la misma oración sea empleada en diferentes ocasiones de ambas maneras, esto es, de manera realizativa y constatativa” y que los realizativos no son tan obviamente distintos de los constatativos. Por ejemplo cuando alguien enuncia: “El gato está sobre el

tapete”, no solamente está describiendo algo sino que en un contexto determinado y dependiendo de la entonación, este enunciado puede interpretarse como una queja: “te dije que no dejes que el gato se ponga en el tapete” o también una orden: “quita al gato del tapete”.

A partir de la conferencia VIII Austin abandona en cierta manera la oposición entre el acto realizativo y constatativo ya que se da cuenta de que el decir es también un tipo de hacer.

Como él mismo lo expresa: “Cuando sugerimos embarcarnos en la tarea de hacer una lista

de verbos realizativos explícitos, hallamos ciertas dificultades para determinar si una

expresión es o no realizativa, o, en todo caso, si es puramente realizativa. Pareció conveniente, por ello, volver a cuestiones fundamentales y considerar en cuántos sentidos

puede afirmarse que decir algo es hacer algo, o que al decir algo hacemos algo, o aún

porque decimos algo hacemos algo”.

A la luz de la hipótesis “hablar es hacer” Austin llegó a una división tripartita de los actos

de habla. Según él, un enunciado, en el momento de su enunciación, puede desempeñar tres funciones diferentes (aun cuando no constituyen propiamente actos distintos sino tres

subactividades analíticamente discernibles en cada ejecución lingüística o acto de habla).

Puede ser un acto locucionario. Éste se refiere al acto de decir en sí, es decir, a la producción de un enunciado significativo (con un cierto sentido y una cierta referencia) lo que a su vez es aproximadamente equivalente al “significado” en el sentido tradicional.

“Puede entenderse que decir algo es hacer algo o que al decir algo hacemos algo e, incluso, que porque decimos algo hacemos algo... llamo al acto de “decir algo” realizar un acto locucionario...”.

El acto locucionario es una actividad compleja que comprende a su vez tres tipos de actos:

1) el acto fonético, consiste meramente en la emisión de ciertos ruidos; 2) el acto “fático”

consiste en la emisión de ciertos términos o palabras, es decir, ruidos de ciertos tipos,

considerados como pertenecientes a un vocabulario; 3) el acto “rético” consiste en realizar

el acto de usar esos términos con un cierto sentido y referencia, más o menos definidos.

Un enunciado puede ser al mismo tiempo un acto ilocucionario. Éste es un acto realizado al decir algo, por ejemplo, hacer una promesa, emitir una orden, etc., es decir, actos que tienen cierta fuerza (convencional): “Un acto ilocucionario (es) llevar a cabo un acto al decir algo, como cosa diferente de realizar el acto de decir algo. Me referiré a la doctrina de los distintos tipos de función del lenguaje que aquí nos ocupan, llamándola doctrina de las “fuerzas ilocucionarias”.

Puede ser también un acto perlocucionario, en la medida en que produzca determinados

efectos. Es el acto realizado por medio de decir algo: persuadir a alguien de que haga algo, mover a uno a la ira, etcétera: “Realizar un acto locucionario y, con él, un acto

ilocucionario, puede ser también realizar un acto de otro tipo. A menudo, e incluso

normalmente, decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos,

pensamientos o acciones del auditorio, o de quien emite la expresión, o de otras personas. Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos... Llamaremos a la realización de un acto de este tipo la realización de un acto perlocucionario o perlocución”.

Uno de los ejemplos que propone Austin para ejemplificar la identificación de los tres tipos de actos es el siguiente:

Acto (A) o Locución

Él me dijo “déselo a ella”, queriendo decir con “déselo”, déselo, y refiriéndose con “ella” a ella.

Acto (B) o Ilocución

Me aconsejó (ordenó, instó a, etc.) que se lo diera a ella

Acto (C.a.) o Perlocución

Me persuadió que se lo diera a ella

Acto (C.b.)

Hizo (consiguió) que se lo diera a ella.

Austin aclara “que estas tres clases de “acciones” están sujetas, por supuesto que simplemente en cuanto tales, a las usuales dificultades y reservas que consisten en distinguir entre el intento y el acto consumado, entre el acto intencional y el acto no intencional, y cosas semejantes”. Puesto que nuestros actos son actos, siempre tenemos que recordar la distinción entre producir consecuencias o efectos queridos o no

queridos. Debemos tener presente, en conexión con esto, (i) que aunque el que usa una

expresión se proponga alcanzar con ella un cierto efecto, éste puede no ocurrir, (ii) que

aunque no quiera producirlo o quiera no producirlo, el efecto puede sin embargo ocurrir

Por eso ve la necesidad de distinguir el acto ilocucionario del perlocucionario; por ejemplo, tenemos que distinguir “al decir tal cosa lo estaba previniendo” de “porque dije tal cosa lo convencí, o lo sorprendí o lo contuve”. Como el mismo Austin señala es necesario aislar el acto ilocucionario del perlocucionario, en cuanto este último produce consecuencias, y en cuanto el primero no es en sí una “consecuencia” del acto locucionario y ve la necesidad de señalar que el acto ilocucionario como cosa distinta del

perlocucionario, está conectado con la producción de efectos en ciertos sentidos.

Claramente el reconocimiento de la intención del hablante, por parte del oyente, juega un

papel primordial y Austin llegó a la conclusión de que si no existiera tal reconocimiento, el acto no se realizaría. Pero aun cuando tal reconocimiento sí existiera, ello no garantizaría el éxito del acto.

Una de las cuestiones que en la última conferencia hace Austin para poder distinguir la fuerza ilocucionaria de una expresión es identificar aquellos verbos que explicitan dicha fuerza, o ponen de manifiesto cuál es el acto ilocucionario que estamos realizando al emitirla. Antes de proponer una clasificación de este tipos de verbos Austin reconoce que

es necesario tener una lista de las fuerzas ilocucionarias de una expresión. Sin embargo, aclara “que la distinción entre realizativos primarios y explícitos habrá de sobrevivir al cambio fundamental que, con éxito, nos llevó de la distinción realizativo-constatativo a la teoría de los actos lingüísticos. Porque hemos visto que hay razones para suponer que los tests sugeridos16 para identificar los verbos realizativos explícitos (“decir…, es hacer…”, etc.) son buenos tests, y que, en efecto, dan mejor resultado para identificar aquellos verbos que, como decimos ahora, explicitan la fuerza ilocucionaria de una expresión, o ponen de manifiesto cuál es el acto ilocucionario que estamos realizando al emitirla .

Austin distingue cinco clases generales de verbos, la identificación de estos verbos, como

señala Austin, “abren ante nuestros ojos un campo más rico que si nos moviéramos únicamente con los dos fetiches 1) verdadero/falso; y 2) hecho/valor”.

Clasifica estas expresiones en función de sus fuerzas ilocucionarias y les asigna los siguientes nombres:

Verbos judicativos: enjuiciar. Emitir un veredicto o juicio: condenar, absolver, estimar, declarar, evaluar.

Verbos ejercitativos: ejercer influencia o potestad. Ejercicio de potestad, derecho o influencia: designar, votar, ordenar, instar, aconsejar, prevenir.

Verbos compromisorios: asumir una obligación, tomar partido por. Comprometen a

uno a hacer algo; declaraciones de intenciones: prometer, garantizar, comprometer, jurar, apostar

Verbos comportativos: adoptar una actitud. Actitudes y comportamiento Social:

pedir disculpas, felicitar, criticar, protestar.

Verbos expositivos: clarificar razones. Exponer conceptos y manifestar cómo nuestras expresiones encajan en un argumento: afirmar, negar, conceder, ejemplificar, observar.

Austin termina la última conferencia reconociendo que no se llegará realmente a lograr

claridad acerca de, por ejemplo, el uso de la palabra “bueno”, ni se podrá poner en claro

para qué usamos esa palabra, mientras no dispongamos idealmente de una lista completa de aquellos actos ilocucionarios, de los cuales elogiar, calificar, etc., son ejemplares aislados.

Esto es, mientras no sepamos cuántos de esos actos hay, y cuáles son sus relaciones

recíprocas e interconexiones.

Son precisamente estas cuestiones que en cierta manera han quedado pendientes en la teoría desarrollada por Austin con las que queremos finalizar la exposición del contenido de este libro. Mientras que algunos de los problemas relacionados con la teoría de los actos de habla fueron reconocidos por Austin mismo, otros han sido identificados durante

investigaciones posteriores.

Una de las cuestiones que el propio Austin reconoce que no ha sido suficientemente desarrollada es la referente a la teoría del significado: “Estamos autorizados a sospechar

que la teoría del “significado”, como equivalente a “sentido y referencia”, ha de requerir

por cierto algún desbroce y reformulación sobre la base de la distinción entre actos locucionarios e ilocucionarios (siempre que esta distinción sea fundada, pues aquí me he

limitado a esbozarla). Reconozco que no he hecho bastante: he aceptado el viejo par de conceptos “sentido” y “referencia”18 bajo el influjo de las opiniones corrientes. Destaco,

además, que he omitido toda consideración directa de la fuerza ilocucionaria de los

enunciados”.

La distinción entre fuerza ilocucionaria y efecto perlocutivo de un acto de habla es

precisamente una de las cuestiones que quedaron pendientes y que otros autores han tratado de precisar. Como señala Lyons, es el efecto perlocutivo buscado el que generalmente se confunde con la fuerza ilocucionaria. Por ello es importante distinguir entre ambos efectos y lo que Austin llamó “aprehensión ilocucionaria” (illocutionary uptake), es decir, el reconocimiento del destinatario de que un acto ilocucionario ha sido ejecutado.

Referencias.

Austin, John (1962). How to do Things with Words. Oxford: Clarendon Press.

Austin, John (1982). Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones. Barcelona: Paidós.

Benveniste, Émile (1971). Problemas de lingüística general, tomo I. México: Siglo XXI Eds.

Brody, Elizabeth (2009). “La teoría de los actos de habla y el análisis del discurso” en Anuario de Investigación 2008 Departamento de Educación y Comunicación. México: UAM Xochimilco, 606-633.

Calsamiglia, Helena y Tusón, Amparo (1999) Las cosas del decir. Manual de análisis de discurso. Barcelona: Ariel.

Carrió, Genaro y Eduardo Rabossi (1982). “La filosofía de John L. Austin” en Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones. Barcelona: Paidós, 7-35.

Frege, Gottlob (1990). “On sense and nominatum” (tr.: Über Sinn und Bedeutung), en A. P.

Martinich, (ed.), The philosophy of language, 2a ed. Oxford: Oxford University Press, 190-202.

Habermas, Jürgen (1989). Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos. Madrid: Cátedra.

Lozano, Jorge, Cristina Peña-Marín y Gonzalo abril (1989). Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual. Madrid: Cátedra.

Lyons, John (1977). Semantics, vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.

Schiffren, D., Tannen, D. y Hamilton, H. E. (comps.), (2001). Handbook of discourse

analysis. Oxford: Blackwell.

Searle, John (1995). Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language. Cambridge:

Cambridge University Press